



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Sede Bogotá

colección **sede**

MYRIAM JIMENO SANTOYO

Es antropóloga, con doctorado de la Universidad de Brasilia. Ha sido directora del Instituto Colombiano de Antropología en dos ocasiones, decana de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y Vicerrectora Académica de la misma entidad. Es directora e investigadora del Centro de Estudios Sociales, CES, de la Universidad Nacional de Colombia y profesora del Departamento de Antropología. Desde 1993 coordina la línea de investigación sobre conflicto social y violencia con sede en el CES. En esta línea ha producido alrededor de treinta publicaciones, muchas de ellas internacionales. Se destaca el libro *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia* (1996), con el cual obtuvo en 1995, junto con su equipo interdisciplinario de investigación, el Premio Nacional de Ciencias –Ciencias Sociales y Humanas– de la Fundación Alejandro Ángel Escobar. Otros títulos destacados son *Violencia cotidiana en la sociedad rural. En una mano el pan y en la otra el reño* (1998) en coautoría con el equipo interdisciplinario de investigación; la compilación junto con Jaime Arocha y Fernando Cubides *Las violencias: inclusión creciente* (1998), y entre los artículos, “Violence and Social Life in Colombia”, en *Critique of Anthropology*, (septiembre, 2002). En la actualidad prepara la publicación del libro “Juan Gregorio Palechor. Historia de mi vida”, la autobiografía de un dirigente indígena fundador del Consejo Regional Indígena del Cauca, CRIC.

Crimen pasional

CONTRIBUCIÓN A UNA
ANTROPOLOGÍA DE LAS EMOCIONES

Myriam Jimeno

Crimen pasional

CONTRIBUCIÓN A UNA
ANTROPOLOGÍA DE LAS EMOCIONES

Universidad Nacional de Colombia
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
Centro de Estudios Sociales, CES
BOGOTÁ

© Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Antropología
Centro de Estudios Sociales, CES

© Myriam Jimeno Santoyo

Primera edición, 2004
Bogotá, Colombia

U N I B I B L O S

Director general
Francisco Montaña Ibáñez

Coordinación editorial
Dora Inés Perilla Castillo

Revisión editorial
Ricardo Rodríguez

Preparación editorial e impresión
Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos
dirunibiblo_bog@unal.edu.co

Carátula
Pásenlos a la otra orilla n° 1, 2002
Óleo sobre tela de Beatriz González

ISBN 958-701-386-7
ISBN 958-701-131-7
(obra completa)

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Jimeno Santoyo, Myriam, 1948-
Crimen pasional : contribución a una antropología de las emociones /
Myriam Jimeno. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia, 2004
264 p.
ISBN 958-701-386-7

1. Conflictos interpersonales 2. Antropología de las emociones
3. Violencia conyugal 1. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de
Ciencias Humanas. Departamento de Antropología

CDD-23 306.872 / 1617C / 2004

A Mónica, Federico e Ismael,
por su amorosa paciencia

Agradecimientos

La mayor parte de este trabajo se llevó a cabo en mi condición de extranjera en el Brasil. Es por ello que el estímulo intelectual, el apoyo institucional y el soporte personal fueron prácticamente inseparables. Debo al antropólogo Roberto Cardoso de Oliveira el haberme convencido y estimulado de forma permanente para emprender la tarea ardua de un doctorado en vez de ceder al reposo. Alcida Ramos, del Departamento de Antropología de la UNB, fue un soporte de amistad e impulso intelectual.

El Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico, CNPQ, y la Universidad Nacional de Colombia me dieron el apoyo económico necesario para la realización del trabajo. Tengo gratitud con el Centro de Pesquisa e Pósgradação da América Latina e o Caribe, Ceppac, y en especial con el sociólogo Benício Viero Schmidt, su director, con el equipo del Centro y con su secretario, Pedro Wgilson G. de Oliveira. Lucille Mattei, de Datos de la Universidad de Brasília, DATAUNB, me ayudó con el trabajo engorroso de edición de testimonios, mientras la transcripción fue obra de Andrea, estudiante de la maestría en antropología de la Universidad de Brasília.

Conté también, a lo largo de estos años, con la solidaridad abierta de María Luiza Nogueira Paes y Maurício Paes Soares, así como con la amistad de los antropólogos Gustavo Lins Ribeiro, José Jorge de Carvalho y Rita Segato, de quienes recibí también numerosos comentarios sugestivos. Con mis amigos y colegas de doctorado Natalia Catalina León, Ladislao Landa, María del Carmen Castrillón, Beatriz Ocampo, Paul Little, Claudia Quiroga y otros miembros de la “legión extranjera”, existió un

intercambio intenso de ideas y de multitud de pequeños grandes soportes. La historiadora Elizabeth Cancelli, del Centro de Pesquisa e Pósgraduação da América Latina e o Caribe, Ceppac, me acogió generosamente para tener el reposo necesario para la escritura. Gracias a la antropóloga Míreya Suárez, del Centro de Pesquisa e Pósgraduação da América Latina e o Caribe, Ceppac, accedí a los presidios brasileños.

En Colombia, la antropóloga María Lucía Sotomayor, con quien ya hemos recorrido en conjunto trabajos y sueños, realizó una revisión editorial en medio de apremios de tiempo. La penalista Jimena Castilla me abrió los juzgados penales bogotanos y orientó mi búsqueda jurídica. Julián Alejandro Osorio colaboró en la traducción al español de los testimonios originales en portugués.

Las personas procesadas por estos crímenes ventilaron conmigo sus recuerdos dolorosos y me ofrecieron la perspectiva de su propia experiencia. Estoy especialmente reconocida con la familia, madre, hermanas, hermanos y cuñada, de quien en el texto aparece bajo el nombre de Micaela. En Brasil, a quien aparece como Elvia, le debo su confianza y amistad.

Contenido

<i>Introducción</i>	15
CAPÍTULO I	
El crimen pasional: la acción violenta como construcción pública	23
Violencia, conflicto social y civilidad	23
Antropología y emoción	30
Las emociones como actos comunicativos	39
Género y crimen pasional	42
CAPÍTULO II	
Experiencias emotivas: el crimen pasional como drama personal. El protagonismo masculino	47
Experiencias emotivas	47
Pablo: la vecindad del crimen	51
Eventos	54
La justicia toma cuenta	57
Razones: amores que matan	59
Des-enlaces	70
El crimen judicializado	76
La audiencia pública	88
Unidos como la carne a la piel: hitos narrativos	94
Misael	105
Eventos	108
Razones: me gustaba demasiado, fue un momento de emoción	113
Enjuiciamiento	117
Consecuencias	122
Comentarios	123

CAPÍTULO III

Las protagonistas	127
Elvia	127
Sandra	132
Eventos	140
Razones, la cuestión del límite	146
Desenlaces	150
Enjuiciamiento	154
Comentarios	158
Edith	159
Razones y disputas	163
¿Legítima defensa?	164
Juicios	168
¿En justicia?	175
El vendaval de la iracundia. Comentarios	179

CAPÍTULO IV

Crimen, castigo, los discursos jurídicos	191
Emoción, pasión y responsabilidad, del atavismo a la perturbación psíquica	192
Honor familiar, condición femenina y sentimiento de honor	203
Pasión violenta y culpabilidad	210

CAPÍTULO V

Perspectivas de una antropología de las emociones	231
La estructura del sentimiento y los combates del amor	231
Perspectivas de una antropología de las emociones	233
Discurso pasional y poder	241
<i>Bibliografía</i>	249
<i>Documentos consultados</i>	261

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1993 comencé a explorar temas etiquetados bajo el nombre genérico de “violencia”, me atraía la necesidad de comprender la creciente violencia que en ese momento ya golpeaba con fuerza a la sociedad colombiana. La narrativa de las experiencias de violencia de personas de bajos ingresos nos condujo al interior de los hogares¹. De allí nos encaminamos hacia las representaciones culturales pues nos permitían sobrepasar la inmediatez de las incidencias empíricas para comprender las redes de sentido alrededor de los eventos de violencia. Desde entonces fue notorio que en las narrativas se anudaban percepciones, convicciones, intenciones y emociones. No sólo los términos emocionales atravesaban los relatos; cuando las personas evocaban sus experiencias personales de violencia, una intensa emoción los sobresaltaba envolviendo a los propios investigadores. Caían por tierra los estereotipos sobre el supuesto “hábito” de los sectores de menores ingresos a la violencia cotidiana y era evidente su apremiante necesidad de encontrar explicaciones. Eso condujo al equipo de in-

¹ Investigaciones realizadas entre 1993 y 1997 por el equipo de investigación multidisciplinario conformado por Ismael Roldán y Luis Eduardo Jaramillo, psiquiatras, David Ospina, estadístico, John Trujillo y Sonia Chaparro, antropólogos, con mi coordinación. Véase Jimeno *et al.*, 1996 y 1998.

investigación a plantear que el esfuerzo de las personas por dotar de sentido a sus experiencias dolorosas, en calidad de hijos o de cónyuges, se expresaba en determinadas representaciones, mediante ciertos conceptos de marcada ambivalencia cognitiva y afectiva (Jimeno, Roldán *et al.* 1996 y 1998; Jimeno, 1998b). Los conceptos “nativos” de “*corrección*” y “*respeto*” hacían parte de disposiciones duraderas, de *habitus*² orientadores de las interacciones cotidianas y de las percepciones hacia las distintas formas de autoridad en la sociedad. La autoridad (familiar, institucional) era entendida como imprevisible y siempre al borde del exceso, de la violencia. Así, la representación de la autoridad como arbitraria tenía como nervadura las experiencias de violencia doméstica y en ella cognición y emoción eran indisolubles. A nuestro juicio, ese *habitus* sobre la autoridad aún inclina a las personas a esperar un posible desenlace violento de las relaciones de conflicto con otros, haciéndolas, ora temerosas y huidizas, ora anticipadas en la agresión (*ibid.*).

La emoción aparece como la marca distintiva del crimen pasional que ahora es el objeto de estudio. ¿Qué mayor reducto de emoción que ese? Pero, más allá de pretenderse reacción primaria, niebla de sinrazón, acción enceguecida, ¿cuáles son y cómo se conforman en cada país los dispositivos culturales para tratar el crimen pasional? ¿Con qué cadenas simbólicas y de relaciones sociales se vincula? ¿Cómo se enlaza con los sistemas de prohibición y castigo y con las categorías de género y posición social? ¿Difiere el lugar del crimen pasional en la estructura social brasileña y colombiana? Seguramente no se obtendrán respuestas exhaustivas a estos interrogantes pero es posible explorar la elaboración cultural de la relación entre emoción y violencia a partir de una tesis central: el crimen pasional es una construcción cultural que pretende naturalizarse a través de un conjunto de dispositivos discursivos que le dan sentido a las acciones personales e institucionales frente al mismo. Estos dispositivos discursivos se encuentran tanto en los relatos de experiencias personales como en la interpretación normativa y su núcleo es la reiteración de la oposición entre emoción y razón. El efecto de

² *Habitus*, dice Bourdieu, son las disposiciones duraderas adquiridas a través de la experiencia social; este concepto implica un énfasis en la acción individual que no se entiende como la simple ejecución o el mero cumplimiento de una regla social preestablecida, pese a que es socialmente constituida. También contiene la idea de un ajuste del agente social a las necesidades y demandas del juego social. El concepto enfatiza las capacidades generativas de las disposiciones socialmente constituidas (véase Bourdieu, 1980).

estos dispositivos es una exculpación social de este crimen y un castigo atenuado para sus agentes. El que éstos sean mayoritariamente hombres señala que esta acción tiene que ver con las jerarquías de género, en particular con la construcción identitaria de masculinidad y feminidad.

Sobre la realización del trabajo

Para llevar a cabo el trabajo adopté la estrategia de seleccionar casos de crímenes contemporáneos –ocurridos entre los años ochenta y noventa– en Brasilia y en Bogotá (o los actores reclusos en sus cárceles) tomando como materia de análisis los relatos de experiencias personales y el discurso jurídico. En el texto son tratados con detenimiento cuatro casos, mientras otros tantos contribuyen a ensanchar su comprensión. La forma como éstos fueron seleccionados y otros criterios técnicos se encuentran detallados al inicio de los capítulos II y III, dedicados a la descripción de la acción criminal masculina el primero, y de la femenina, el segundo. El capítulo IV se dedicó a la concepción jurídica de la culpabilidad en el crimen pasional y a sus transformaciones en las sociedades brasileña y colombiana. Un quinto capítulo, de cierre, apunta a lo que pueden ser las perspectivas de una antropología de las emociones, en tanto que el primero contiene las discusiones teóricas que van a ser retomadas a lo largo del texto. Antes de entrar en ellas es necesario detenerse en el trabajo comparativo.

La comparación fue empleada aquí en el mismo sentido que Laura Nader le da a “una conciencia comparativa” (1994). Esto significa dejar de lado la comparación controlada sistemática entre los dos países y en vez de ello contrastar aspectos interactivos, con influencias históricas recíprocas y raíces comunes. La comparación aquí yuxtapone elementos sobre el crimen pasional en los dos países que, a su vez, dibujan aspectos más generales de las dos sociedades nacionales, así como influencias globales. Se acentúa más, como Nader lo sugiere, el sentido de las interacciones históricas que la comparación de rasgos discontinuos.

En la extensa compilación *Assessing Cultural Anthropology* editada por Robert Borofsky (1994) él se propone mostrar cómo la comparación continúa siendo de vivo interés para la antropología, pese a que declinó como campo intelectual explícito (“Enhancing the Comparative Perspective”, en Borofsky, 1994). Hace notar la diferencia entre comparación explícita e implícita; esta última es inherente a la descripción, pues al formular afirmaciones usualmente no se hace referencia a una categoría absoluta sino a una comprensión previa del término empleado. Ahora, la comparación explícita ya implica el propósito de iluminar una

dinámica cultural mediante el contraste entre uno o más grupos. Fue en este último sentido que Nadel dijo en 1951³ que la antropología estaba casada con la comparación, pues el antropólogo al estudiar la variación realiza una correlación con regularidades generales (*ibid.*: 78). Los años cincuenta fueron una época de enérgicos debates y de intensivo uso empírico de la comparación. Laura Nader menciona que el texto de Oscar Lewis⁴ de 1956 dedicado a este tema reportó 248 escritos sobre la comparación entre 1950 y 1954 (Nader, 1994, en: Borofsky, *op. cit.*: 84-96).

Oscar Lewis (1954)⁵ incluso se refirió a la comparación como el equivalente del experimento en los estudios de la sociedad: “Es el abordaje más próximo al experimento que tenemos en la antropología” (cit. en Cardoso de Oliveira, 2000: 30, traducción mía). Roberto Cardoso de Oliveira (2000) hace notar lo significativo de esa contribución de Lewis que está enmarcada dentro de una tentativa por realizar un estado del arte de la antropología a mediados del siglo XX, para lo cual se efectuó un gran simposio auspiciado por la Wenner Green Foundation. Cardoso de Oliveira destaca también el impacto de las discusiones sobre la comparación entre la generación de antropólogos que se educaba por ese entonces en distintas partes del mundo.

En términos estrictos, dice Borofsky (1994), la comparación fue usada en el siglo XIX como medio para comprender la evolución general de la cultura, pero un conjunto importante de estudios comparativos surgió a partir de la crítica de Boas a esta perspectiva evolucionista. Cada enfoque usó la comparación de un modo distinto. Mientras los primeros la usaron para identificar diferencias culturales en el espacio que servían para establecer diferencias culturales en el tiempo, los segundos se orientaron a usarla para ver cómo el mismo fenómeno podía desarrollarse en una multitud de vías. Según las palabras de Boas⁶, si la antropología quería establecer las leyes del crecimiento de

³ S. E. Nadel, *The Foundations of Social Anthropology*, Londres: Cohen and West, 1951.

⁴ Oscar Lewis, “Comparisons in Cultural Anthropology”, en William Thomas (ed.), *Current Anthropology Today*, Chicago: University of Chicago Press, 1956, págs. 259-292.

⁵ “Controls and Experiments in Field Work”, en A. L. Kroeber (ed.), *Anthropology Today. An Encyclopedic Inventory*, Chicago: University of Chicago Press, 1954, págs. 452-475.

⁶ Franz Boas, *Race, Language, Culture*, Nueva York: MacMillan, 1940.

la cultura, debía comparar su proceso de crecimiento (1940, cit. en Borofsky: 79). Ya para Radcliffe-Brown la comparación se debía orientar a la búsqueda de leyes sociológicas universales (Cardoso de Oliveira, 2000). Durkheim y Mauss (1903)⁷, Nadel (1952)⁸, Wolf (1957)⁹ suelen mencionarse cada cual por su uso de la comparación. Como ejemplo destacado del empleo de la comparación en el sentido boasiano se cuenta la obra de Fred Eggan¹⁰, en 1955, que compara las terminologías de parentesco y los patrones de subsistencia entre distintos grupos de indios de las llanuras norteamericanas. Él relacionó las diferencias entre los patrones de parentesco y los de subsistencia de diferentes grupos de las planicies con presiones adaptativas también diferenciadas.

Con el planteamiento de Lévi-Strauss sobre la cultura entendida como un sistema de comunicación, se revisó la discusión sobre el sentido de la comparación (Cardoso de Oliveira, *op. cit.*). E. Leach (1972)¹¹ contrastó la comparación estructuralista de Radcliffe-Brown con la de Lévi-Strauss, pues mientras al primero le interesaba el descubrimiento de leyes sociológicas universales, el segundo se alejó de las analogías con las ciencias naturales y enfatizó que la cultura está estructurada en el mismo sentido en que lo está el lenguaje. Leach desarrolló la propuesta de modalidades no cuantitativas de la comparación (*ibid.*: 32).

Cardoso de Oliveira propone que Roberto DaMatta en *Carnavais, malandros e heróis*¹² sigue esta tradición estructuralista, matizada por el uso de la comparación en autores como Louis Dumont y Victor Turner. Dumont deja ver su influencia en la comparación que DaMatta hace de “tres modos básicos”

⁷ Emile Durkheim y Marcel Mauss, *Primitive Classification*, Chicago: University of Chicago Press, 1963.

⁸ S. F. Nadel, “Witchcraft in Four African Societies”, *American Anthropologist*, 54: 18-29, 1952.

⁹ Eric Wolf, “Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica and Central Java”, *Southwestern Journal of Anthropology*, 13: 1-18, 1957.

¹⁰ Fred Eggan, *Social Anthropology of North American Tribes*, Chicago: University of Chicago Press, 1955.

¹¹ Edmund Leach, “The Comparative Method in Anthropology”, en David L. Sills (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Londres: MacMillan, págs. 339-45.

¹² Roberto DaMatta, *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*, Rio de Janeiro: Zahar, 1979.

a través de los cuales se ritualiza el mundo brasileño. La parada militar, el carnaval y la procesión religiosa serían modos ritualizados que muestran y reiteran el lugar de cada categoría social en la vida nacional (*ibid.*: 34-35). DaMatta también usa la comparación para evidenciar la “inversión simétrica” de expresiones usadas en interacciones cotidianas, la una empleada en el Brasil para remarcar la jerarquía —¿con quién cree Ud. que está hablando?—, la otra en los EE. UU. como un rito igualitario —¿quién se cree Ud. que es?— (*ibid.*, traducción mía).

Para Borofsky (*op. cit.*) el uso de la comparación enfrenta hoy dos problemas: el primero se deriva del debate entre positivismo e interpretativismo y es la necesidad de contar con un cuerpo confiable de materiales para desarrollar la comparación. Según él, los criterios de selección de lo que se compara se vuelven decisivos para no caer en la acientificidad que ya Schapera criticaba a la comparación hecha por Murdock en *Social Structure* (1949) (*ibid.*: 81). El segundo problema son los vínculos entre los distintos grupos, pues en la actualidad no puede suponerse la independencia entre ellos y quizás ésta tampoco existió desde hace siglos. Eso lleva al problema de la validez de la comparación entre fenómenos que han tenido relación entre ellos. Las relaciones observadas, ¿son históricas en vez de funcionales? Borofski concluye que la comparación sigue siendo básica para la antropología pero continúa siendo problemática y todavía aprendemos a usarla como herramienta.

Laura Nader (1994) ofrece alternativas interesantes a los puntos planteados por Borofsky. Para ella, la discusión sobre los enfoques de la antropología entre positivismo e interpretativismo, entre particularismo y universalismo, ocultó lo que denomina como una conciencia comparativa ligada a los usos de la comparación. Cuando el etnógrafo va a otra cultura y trata de entender la diferencia, ésta se vuelve el foco primario de su atención y la comparación queda envuelta en el enfoque positivista del método comparativo que lo orienta hacia la comparación controlada intercultural. Se deja de lado el examen comparativo de otras dimensiones compartidas de la experiencia humana. Las críticas contemporáneas a la investigación etnográfica han despertado el interés por una mayor contextualización de la etnografía junto con un rechazo a la comparación explícita. Sin embargo, la disyuntiva entre comparativistas y no comparativistas no es buena para la disciplina. Nader opina que es posible una conciencia comparativa que ilumine las conexiones entre lo local y lo global, entre el pasado y el presente, entre los usos de la comparación y las implicaciones de sus usos. Ello hace necesario abandonar algunos cánones: el supuesto de que para hacer la comparación se deben compartir algunos rasgos fundamentales,

es decir, sobrepasar la noción de comparación controlada; la segunda, que los ítem comparados deben ser discontinuos, que no deben influenciarse entre sí. La comparación debe, por el contrario, incluir aspectos interactivos del movimiento de las personas, los bienes y las ideas, y puede contar con un marco de interacciones entre sistemas globales que dan lugar a cambios locales. Así, una conciencia comparativa puede acentuar el sentido de las interacciones históricas, no tanto entre áreas del mundo, como entre regiones más delimitadas. La comparación puede yuxtaponer elementos de un área, por ejemplo, el impacto de la historia nacional sobre aspectos de la historia local que a su vez reverberan sobre la cultura nacional. La predisposición contemporánea contra la comparación que se deriva de la conciencia de un mundo interdependiente, con relaciones globales de poder, puede superarse usando la comparación en sus formas históricas, funcionales y de contraste, para no inhibir cuestiones relativas a la dinámica de las interacciones (Nader, 1994: 93-94).

Roberto Cardoso de Oliveira (2000) propone lo que llama elucidación recíproca como guía de una comparación que integre lo metódico con lo no metódico en la investigación. Encuentra fecunda la comparación que emplea oposiciones estructurales o sistemas de oposiciones, pero abre las puertas para otras alternativas. Inspirado en Paul Ricoeur dice que estas no buscarían ni sistemas simbólicos ni generalizaciones y estarían insertas en los “momentos no metódicos” de la interpretación (*ibid.*: 39). Su característica sería la “compresión de sentido” y el privilegio dado a la experiencia vivida por el investigador. Así, se trata de una investigación que yuxtapone culturas o sociedades “com seus respectivos e diferentes horizontes semânticos para fins de elucidá-los reciprocamente. É isso que podemos chamar de *comparação elucidativa*” (*ibid.*: 40, cursiva en el original). De una comparación de perspectivas surgen sobreposiciones y divergencias que llevan a iluminar nuevos aspectos o a proponer nuevos interrogantes.

Se puede concluir que el sentido en el que se use la comparación hace parte de una postura más general sobre cómo se hace antropología y hacia dónde se orienta la búsqueda del investigador. La *elucidación recíproca* apunta aquí a comprender de qué manera cada país se proyecta en esa forma particular de ejercicio de la violencia. El crimen pasional es hilo de un tejido que sobrepasa las delimitaciones de país y hace parte de procesos históricos de construcción de los sujetos sociales que los envuelven a ambos en una red de influencias y corrientes sobrepuestas.

